

## 9. DE LAS VÍRGENES PRUDENTES

*«En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: El Reino de los Cielos se parece a diez vírgenes que tomaron sus lámparas y salieron a esperar al esposo. Cinco, de ellas eran necias y cinco eran prudentes. Las necias, al tomar las lámparas, se dejaron el aceite; en cambio, las sensatas llevaron alcuza de aceite con las lámparas. El esposo tardaba, les entró sueño a todas y se durmieron. A medianoche se oyó una voz, «llega el esposo, salid a recibirlo» Se despertaron las doncellas y tomaron sus lámparas. Y las necias dijeron a las prudentes: «Dadnos un poco de vuestro aceite, que se nos apagan las lámparas» Pero ellas contestaron: «Puede que no haya bastante para todas, mejor es que vayáis a comprarlo». Mientras iban a la tienda, llegó el esposo y las que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas, y se cerró la puerta. Más tarde llegaron también las otras, diciendo: «Señor, señor, ábrenos». Pero él respondió: «Os lo aseguro, no os conozco». Así pues, velad, porque no sabéis el día ni la hora» (Mt 25,1-13).*

La parábola es una exhortación a la responsabilidad y la preparación; es sabido que Dios, Padre, nos invita a la gran fiesta, la celebración del conocimiento de Dios; no se puede dejar perder la "sabiduría radiante", que es "inmarcesible, y fácilmente la ven los que la aman y la encuentran los que la buscan".

En su contexto, late la celebración de una boda. Era costumbre que, tras pasar el día en bailes, a la caída de la noche, se realizaba la cena de boda; entre antorchas encendidas, se llevaba a la desposada a casa del esposo, que se retardaba tratando con los padres la dote de la novia. Cuando se anunciaba la llegada del esposo, las mujeres, dejando a la novia, salen a su encuentro con las antorchas.

El Maestro, tomando una circunstancia de la vida corriente, extrae una enseñanza teológica. Expresa una concepción de la peripecia humana que conduce a la relación con la Divinidad. Se trata de un concepto general de la historia, de su sentido y dirección, que no se debe reducir ni confundir con la muerte individual de las personas; la vigilancia ante la ignorancia del día y de la hora no se refiere a la muerte; la llegada del Hijo del Hombre no tiene relación alguna con el día de nuestra muerte. Es, pues, totalmente errónea la interpretación del texto como una exhortación a estar preparados para la muerte; no encierra tremendismos ni terrores, sino una concepción religiosa y positiva de la historia. El acontecer humano tiene sentido e invita a vivir sabiendo que lo tiene, por eso, hace la invitación a velar. El riesgo que hoy se corre, como sucedía a los contemporáneos de Mateo, consiste en pensar que el futuro divino se demora, porque no existe. Este es uno de los problemas del hombre actual; ahí radica su convulsiva búsqueda del placer y el aferrarse al goce del mundo presente. La parábola muestra ese rotundo error limitante, estéril y falto de horizonte, que ese aferramiento es denigrante y grave. El discípulo de Jesús debe vivir con la mirada en el horizonte que sale y viene de Dios.

Las jóvenes necias, por su escasa previsión, reciben una dura sentencia condenatoria sin haber hecho nada malo, no maltratan a las compañeras, ni a los

criados, como el mayordomo infiel. Tenemos aquí el problema clásico de la omisión y la neutralidad. El teórico "no hacer nada malo" es también un modo de hacer el mal; algo parecido a negar auxilio en carretera; es no dar de comer al hambriento, es no vestir al desnudo. La neutralidad no existe, el hombre siempre se encuentra comprometido con alguien y con algo. La cuestión importante está en no olvidarlo, ser consciente y responder siempre consciente al deber. Exige una vida de fidelidad al don recibido y de servicio a los demás, especialmente a los pequeñuelos.

Ahora bien, la parábola debió tener una primera aplicación al propio ministerio de Jesús; en Cristo, se ha hecho presente el Reino de Dios, es el Esposo que invita a la celebración de bodas y ello exige una actitud personal de disposición antes de que se cierre la puerta. La comunidad de Mateo y la Iglesia en todo tiempo, han de responder a su llamada -siempre urgente- de tomar una decisión ante Jesucristo y vivir preparado a recibirlo en cualquier momento y en cada hermano. Los primeros cristianos vieron a la Iglesia-esposa en las diez vírgenes, compuesta de buenos y pecadores; en este sentido esta parábola tiene mucha semejanza con la red que recoge toda clase de peces, buenos y menos buenos (Mt 13,48), a la sala de banquetes, donde se reúnen justos y pecadores (Mt 22,10), al campo, donde crecen tanto la buena, como la mala semilla (Mt 13,24-30). La Iglesia es, pues, semejante a un cortejo de hombres que caminan hacia el Señor, unos llevan encendidas las lámparas de su vigilancia, otros no se preocupan de alimentar su fe. Los primeros procuran vivir sin dispersarse en mil cosas fútiles, han escogido a Cristo y permanecen fieles; los otros se contentan con una pertenencia puramente sociológica. La discriminación sólo se hará al término del periplo de la Iglesia sobre la tierra, en el día de las nupcias de Cristo con la humanidad que disponga de aceite y lámpara.

La parábola suscita un interrogante. ¿Qué sería si las prudentes hubieran prestado el aceite y todas llevaran sus lámparas encendidas?, ¿castigaría el Esposo a las que compartieron el aceite? Si Jesús intentara decir eso, habría que hablar de una contradicción y constatar inmediatamente que el mismo Jesús exhorta muchas veces a repartir nuestro aceite. Así pues, hay que pensar que Jesús se refiere a alguna exigencia que no se resuelve con el préstamo del aceite; en el marco de la fe, como en el de la realidad humana, hay multitud de valores que son ardua adquisición personal, exclusivos y no compartibles. El aceite y la lámpara significan aquí algo propio e intransferible, que forma parte de la identidad personal, algo subjetivo que configura al hombre y sin lo cual el hombre no es, e, incluso, resulta irreconocible para el mismo Dios: "No os conozco".

¿Qué significa tener aceite y la lámpara encendida? La liturgia sugiere una cierta identidad entre el aceite de la parábola y la Sabiduría (Sb 6,13-17), y entre las lámparas apagadas y la aflicción atosigante ante la muerte (1 T 4,13-17). Evidentemente, Dios no puede hacer nada por un hombre sin luz y sin esperanza y no porque a Dios le falte misericordia, sino por la imposibilidad radical de poder llamar hombre a una vida sin luz y sin sentido; es imposible salvar al que no quiere, al que se niega voluntariamente, al que no tiene la mínima luz, y se autoexcluye inevitablemente de la fiesta del Padre. De andar vigilantes ante esa seria posibilidad avisa la liturgia de estos domingos. No obstante, cabe el optimismo. Es fácil tener luz, porque Dios nos hizo en ella y marcados por ella: "La sabiduría se anticipa a darse a conocer a los que la desean...", "ella busca por todas partes a los que son dignos de poseerla".

Hemos de estar alegres y llenos de gozo, porque somos invitados a la celebración, llamados al gran banquete de bodas en la casa de la novia con las lámparas encendidas; hay que multiplicar y renovar el aceite de nuestras lámparas, la verdadera sabiduría, que es Jesucristo, que nos aconseja: "Que así resplandezca vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a Vuestro Padre del cielo" (Mt 5,16).

Camilo Valverde Mudarra